
CAPITULO VII

EL PARTIDO CONSERVADOR ANTE LA HISTORIA.

I

FORMADO á través de los trescientos años de la dominación española, este partido—el Conservador—es el más antiguo del país, porque remonta su origen casi á los tiempos del comienzo del gobierno colonial en México. Puedo asegurar que nació entre los mismos jefes de Hernán Cortés; y, alargándose un poco más, no es atrevimiento decir que surgió, al vaivén de las olas, en las mismas carabelas de Colón, al atravesar las profundidades del océano en pos de un nuevo mundo. Indisciplinada aquella tripulación de las frágiles naves, quiso romper las ligaduras que le imponía la obediencia al audaz marino, loco de gloria y lleno de fe. Pinzón, en vista de las playas que se dibujaban en el lejano horizonte de la ignota tierra, lanza la voz de rebelión y pretende ser el primero en ofrecerla al monarca español, que, en aquella sazón, éralo Fernando el Católico, el poderoso rey que ceñía las coronas de Castilla y Aragón.

Las ambiciones de los hermanos Pinzón, fueron contenidas en su primera tentativa, no obstante haber predispuerto los ánimos en contra de aquel primer mártir sublime de América. Pero no llegaron á su fin; se acallaron por la fuerza del momento más no se extinguieron. A guisa de los incendios mal apagados, tenían la apariencia de la muerte, pero, al soplo fuerte de las avalanchas de viento, vuelven, vuelven á tomar empuje y crecen, porque en el corazón de los escombros se oculta el elemento destructor. Lo mismo pasa en el alma depravada de aquellos pechos envidiosos y mal agradecidos: su primera intención fué comprendida y se pudo contener, porque el gran apóstol de la humanidad tuvo la prudencia del sabio y la férrea voluntad del hombre de gobierno. ¿Quién resiste á los impulsos de una alma tranquila y buena y de un corazón más blanco que la nieve?

Con el tiempo, vino aquel hecho, al parecer pequeño, á convertirse en triste realidad, y los compañeros infieles y desleales del eximio descubridor, formáronle una atmósfera de verdaderas acusaciones y recriminaciones, al grado de obligarlo, sin que pudiese seguir explorando las entrañas de aquellas feraces tierras, de aquellas salvajes selvas y de aquellos umbríos y risueños bosques, á ir á presentarse ante la justicia española. Vivía aún la gran Isabel la Católica y pudo salvar á su protegido.

Mas, para esa salvación, ¿cuántos obstáculos no hubo? ¿Cuántas fueron las intrigas del capitán de aquella cuadrilla—el cardenal Cisneros—eje de los conspiradores y el alma y corazón de los agresores del derecho? El eclesiástico jefe no escatimó medio

para torturar al mártir, no perdonó infamia para agobiar al noble anciano, que, achacoso, no podía ya resistir el peso de sus años; y escogió todos los elementos que tuvo á mano para acabar con la preciosa existencia de Colón, quien, solo, valía por todos los monarcas de la tierra, pues éstos diezmaban las naciones débiles, imponiéndoles el yugo, mientras que aquel era el ángel del consuelo, de mirada pura y serena y sonreír divino. Los monarcas derramaban la sangre á raudales, y Colón la doctrina de Cristo, doctrina dulce y suave, protectora de los inválidos.

Desde entonces creo que tuvo origen el Partido Conservador. Sus miembros citaban las teorías de Lactancio para impugnar los principios científicos; sus académicos pretextaban la verdad teológica para desechar la doctrina astronómica; sus entendidos alegaban razones de fe y religión en las cuestiones de mera verdad científica; sus jefes acudían á la superchería de las brujas para sostener los derechos de la razón filosófica. En una palabra, confundían las cosas divinas con las humanas: tomaban la religión como vil pretexto para fijarle leyes á la envidia, á los intereses personales y al capricho. Para las agrupaciones científicas, se excluía el derecho de la discusión: aun los puntos de mera observación, eran vedados, porque perjudicaban la esencia del dogma.

En las aulas de los tales sabios, ni la inteligencia podía remontar á su fin, ni nadie se atrevía á negar lo que ellos afirmaban, porque era seguro el oprobio público.

A los que así procedían entonces, no puedo menos

de reconocerlos que á verdaderos padres de los actuales conservadores. Con ellos empezó, aunque con otro nombre,—nadie se atrevía en el aquel tiempo á ejercitarse en la política, porque esto se oponía al altar y al trono--el Partido Conservador.

Ya se ve, pues, que un partido que cuenta con longevidad y está sobre los demás, tiene que ser numeroso y bien pertrechado de elementos de lucha.

En efecto, el Partido Conservador, realmente, es el más antiguo y poderoso del país y cuenta—al menos contaba no hace mucho—con medios que llegaron á darle la primacía entre los demás.

II

Un partido que se forma con elementos tan poderosos, tiene que ser formidable. Remontarlo en su formación hasta la época ya relatada, podrá ser una énfasis de expresión, pero tampoco podrá ser desconocer su antigüedad, máxime dados los caracteres de igualdad que venían notándose en cierta agrupación social y política, religiosa y científica, desde los principios del nuevo continente.

Cuando Cristóbal Colón, recorriendo tronos, iba de acá para allá en pos de una profética protección de parte de los grandes monarcas de Europa, llamó á todas las puertas, todas las puertas se cerraban, porque había que someter las pretensiones de aquel sabio-mendigo á grupos especialistas en la materia. Ofreció su contingente al trono italiano, relegado entonces á Saboya, porque Roma era la capital de

los Papas y formaba parte integrante de los Estados Pontificios. Como genovés que era, el patriotismo le aconsejó aquel paso, con el cual pensó servir á su patria y á su rey. Pero fué desechada la idea generosa del formador de planos, por la intervención de los consejos de consulta.

No desmayó con su primer fracaso. Empezó una marcha triunfal en derrotas aquel peregrino audaz, á través de las naciones del viejo continente. Dirigió sus pasos á Portugal, y los resultados fueron adversos, iguales á los anteriores.

Con dos golpes en poco tiempo, era para que desmayara cualquiera. A punto estuvo de desistir de su idea y morir con ella, llevándose el secreto científico á ultratumba. Mas aquel sabio no podía prescindir de la obra del descubrimiento de un mundo nuevo, que prestara mayores horizontes al progreso humano y más adoradores á Cristo. En sus luchas terribles, en sus sueños sin conciliar, Colón contemplaba á los nuevos pobladores en estado salvaje, perdidos en los bosques, ocultos en las profundas sinuosidades de los cerros ó en las anchas grietas de los peñascos. Vagaban los habitantes desconocidos entonces, como vagan los seres vapurosos sin dueño ni jefe en un mundo lleno de delicias y encantos: ¡tales eran sus sueños! No podía dormir; los insomnios lo tenían en constante actividad: por un lado sus ideas, sus profundos pensamientos le daban la plena convicción de que él es un héroe de la humanidad, desconocido y mal comprendido; tenía voluntad de servir al mundo; y por el otro, palpaba grandes obstáculos, los que érale imposible vencer. Aquella si-

tuación atormentaba su mente, exaltaba su imaginación, y lo hacía meditar, y más meditar, sin poder despejar la incógnita.

Ya casi sin esperanza de mejores resultados, llama á Inglaterra y á Francia y una y otra rechazan las promesas, atribuyéndolas al desequilibrio mental de su autor. Estas nuevas negativas postran al genovés, hasta hacerlo casi perder las fuerzas físicas.

Las asambleas consultivas se oponen, en unas naciones, y en otras, ni á estudio se sometía la solicitud; era desechada de plano, por audaz y atrevida. Empero, en medio de aquella decepción general, hubo monarcas que abrigaron convicciones profundas sobre las observaciones científicas de Colón; sólo que las circunstancias los impedía atenderlo.

En tal estado de abatimiento, armado con los consuelos de un fraile, se presenta ante el trono de Castilla y allí expone con ardimiento y vehemencia sus teorías sobre la existencia de otro mundo, más rico que el conocido. Encuentra terrible oposición, pero la verdad triunfa, porque la ciencia podrá vivir oculta por más ó menos tiempo, pero no quedará jamás derrotada en la lucha que le susciten sus enemigos, los que son incapaces de palpar sus rayos.

Todos los que no admitían las doctrinas nuevas pueden considerarse como padres del Partido Conservador, como fundadores y primeros jefes de él. Porque—la palabra lo está diciendo—conservador significa permanecer fijo, no avanzar ni aceptar los principios nuevos. Con esto, por más razones que se expongan, no serán atendidas por los conservadores,

temerosos de que destruyan, de que hagan desaparecer sistemas y gobiernos, ideas y principios.

Los conservadores que examinaban las doctrinas de Colón, no sabían más que á medias las leyes del silogismo, y pretendían encontrar un choque entre las ciencias metafísicas, ó las simples reglas de la lógica, y las ciencias aplicadas y exactas. No consideraban aquellos sabios de universidad que había una distancia enorme entre formar silogismos aristotélicos y probar la redondez de la tierra, entre establecer premisas y deducir un consiguiente de ellas y afirmar el movimiento de nuestro planeta, entre las leyes teológicas y las ciencias astronómicas, entre el Arte Explicado y los fundamentos geográficos.

Vivo; todo el que vive existe: luego yo existo. Este es un silogismo. Para la verdad de él, basta la verdad de la proposición mayor, que es la que incluye, por lo general, el consiguiente, y tiene que desprenderse de ella.

Dos y dos hacen cuatro. Este es un principio. Para la verdad de él, no hay que ir á buscar la verdad de ninguno de los dos sumandos. Porque la verdad del resultado descansa sobre la verdad del principio que los regula, base de todas las ciencias exactas. Descompuestos los sumandos en sus unidades, dan dos por cada uno, y no es posible que resulte más; porque, agregando uno á uno, venimos á los mismos cuatro.

Aplicad los mismos argumentos en el primer caso, y no darán resultado; porque allá obra la filosofía abstracta más bien, ejerce su imperio la metafísica. En el segundo caso, la ciencia es más concre-

ta, entramos en los dominios de algo experimental y casi tangible: basados en principios exactos y precisos, los números dan resultados verdaderos y únicos.

¿A qué venían las doctrinas de los conservadores de Colón? ¿Era la ignorancia ó la mala fe la que obraba? Tal vez ambas cosas.

Para la exacta distribución de tierras y aguas, era preciso la existencia de otro continente, decía el ilustre descubridor; pero los refractarios á la civilización, aquellos conservadores de antaño, encontraban abierta contradicción entre la teoría geográfica y lo expuesto por San Agustín, quien en ninguna de sus obras se mostró como descubridor de tierras ni geógrafo de altos vuelos. Por lo mismo, Colón, verdadero creyente y no impostor como sus sinodales, rebatía con feliz éxito aquellas débiles objeciones de sus enemigos. Y no pudiendo ellos salir con sus necias ideas avantes, dijeron que era «una herejía» suponer seres racionales antípodas de ellos, porque tendrían que andar de cabeza. Lo cual no admitía la santa Biblia. Por consiguiente, Colón debía pasar á los tribunales de la inquisición y ser juzgado como profanador de los Sagrados Textos, brujo y hechicero, y otras cosas de que lo llegaron á acusar.

Tales eran los conservadores de entonces. Pero, evidentemente, tenían ya señales de ser conservadores, porque no podían conciliar los deberes de la conciencia con los principios científicos, la religión con el adelanto, la moral con el progreso, los inventos con la teología. La inmovilidad era precisa, el estancamiento necesario, porque ambas condiciones son el eje sobre que gira el credo conservador.

A todo trance, hay que conservar. No hay evolución posible en presencia de la tal doctrina conservadora. El progreso moral, firme; el desarrollo material, firme; el desenvolvimiento intelectual, firme. Y todo se resiente de esa firmeza inalterable tanto en el orden superior como en el inferior.

¿Cómo era posible que aquel genio, que iba á la vanguardia de su atrasada época, se atreviera á proponer la existencia de otro mundo? Otro mundo, implica la existencia de otro hemisferio opuesto al viejo: los habitantes de ese mundo, obedeciendo al movimiento de rotación de la tierra, tendrían que estar en posición diferente á la que guardaban ellos; esto es, cuando ellos estaban de pie, los del otro hemisferio se encontrarían de cabeza: este resultado se opone á los fijos principios de la religión, porque Dios crió al hombre con la frente erguida, pensando en su final destino.

Por más que se devanaban los sesos, el silogismo no concluía: luego Colón mentía, era un loco explotador, un hereje empedernido que rechazaba las doctrinas santas de la Iglesia; por consiguiente, digno de castigo.

III

Los que así opinaban, eran los conservadores en el orden religioso. Hubo otra clase de conservadores en el orden civil. Estos son el objeto directo del presente estudio; porque á su título de malos religiosos agregan su poco acierto como políticos.

A fuerza se ha pretendido fijar los mismos princi-

pios para el dogma, emanación directa de la divinidad, y medir con el mismo trasto los líquidos y los cereales, que para las cosas tangibles, producto inmediato de lo mutable. Basan los actos religiosos, función de lo que en el hombre es imperecedero, sobre las reglas de un orden eminentemente material y físico. Aplican las mismas demostraciones en el sentido teológico y metafísico que en el de las cosas que se mueven y evolucionan obligadas por la misma naturaleza de su ser.

Quieren confundir estos viejos pensadores dos cosas distintas: retroceden en el campo de la observación y se desvían de las doctrinas de los Escolásticos, identificando con una tercera dos cosas que son distintas entre sí.

Que en el orden de lo intangible las cosas permanezcan inmutables, convengo, pues sólo así ha podido la Religión Católica predicar su origen divino y triunfar á través de los tiempos y de las edades, viendo cambiar y perecer todo lo que le rodea: sectas, tronos, monarquías, pueblos, hombres y costumbres. Porque ella descansa sobre un principio divino; es reflejo de su fundador, es la obra perfecta en grado superlativo, incapaz de aumento ó de disminución. No puede cambiar su base; luego tampoco es susceptible de cambio su forma. Está apoyándose en el formidable pedestal de bronce: amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á uno mismo. Palabras cortas, pero compendian todos los deberes éticos de la humanidad.

Sobre este principio fué fundada, y mientras no plazca al fundador permutar su esencia, tiene que es-

tar firme; ni vacila ni se amedrenta, aunque la tempestad haga crujir el pedestal de los tronos.

Tampoco hay esperanza de que Dios cambie el orden moral, porque El está confundido con la esencia misma de que participa el hombre.

De manera que el conservador religioso, el devoto del dogma, teniendo razón para serlo, en este caso no puede hacer lo idéntico respecto de las cosas que tienen que evolucionar.

Entre lo inmaterial y lo material existe gran distancia; entre lo infinito y lo finito media enorme espacio.

No hallo razón que justifique á los opresores del invento, ni argumento que pruebe la legitimidad de su modo de pensar. Y siendo así, ocurre preguntar: ¿obrabán los teólogos y académicos de Salamanca según el dictamen de su conciencia ó impelidos por los influjos de la envidia y á impulso de las intrigas?

Si lo primero, eran dignos de pertenecer al gremio de las medianías en las lides del pensamiento, porque aquella conciencia era muy estrecha é incapaz de comprender los principios que predicaba. Si lo segundo, —esto es lo más probable— aquellos sabios eran muy pequeños y vencía en ellos el espíritu flaco.

Mas la mala semilla fructifica y se extiende. Tal pasó con aquellos conservadores antiguos. En las mismas naves de Colón tenían á sus representantes, que pedían, como los judíos, la muerte de Cristo, porque usurpaba las atribuciones del César. Y es que cuando viene un mal, suele estar acompañado de otros varios, que después naufragarán en el insondable mar de las grandezas humanas.